

El amante indeciso

ERNESTO AYALA



emecé

El amante indeciso

ERNESTO AYALA

emecé

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Ernesto Ayala
Derechos exclusivos de edición
© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia,
Santiago de Chile

Diseño de colección: Isabel de la Fuente

1ª edición: marzo de 2020
Inscripción N°: 311.247
ISBN: 978-956-9956-44-7

Impreso en: Grafhika Impresores Ltda.

Is this just desire or the truth?

Dave Grohl

1

Digamos que recuerdo a este hombre, levemente encorvado, relativamente joven, caminando por la avenida Manuel Montt hasta llegar a la esquina de la avenida entonces llamada 11 de Septiembre. El semáforo está en rojo y se detiene junto a otros peatones. Cuando el semáforo cambia, sin embargo, no se mueve. Las personas a su lado cruzan la calle y él las mira pasar, tal como mira los buses y autos detenidos, el suelo de concreto. El semáforo vuelve a cambiar y los buses y autos comienzan a moverse frente a sus ojos. Entonces un taxi dobla en la esquina, se detiene y abre una de sus puertas. La mujer que baja lleva un vestido ajustado en la cintura, zapatos altos y puntudos, unas medias de red que le cubren solo las pantorrillas. Está llorando.

—No sabes, no sabes...

El hombre abraza a la mujer.

—Me fui al otro sushi. Pensé que habíamos quedado ahí.

—Ya estás aquí. No importa.

El hombre la besa en la cabeza, sobre su abundante pelo.

—No he parado de llorar en todo el camino.

—Ya, ya...

Permanecen abrazados, hasta que ella se separa y se lleva una mano a los ojos.

—Me veo espantosa.

—No, te ves bien.

La mujer vuelve a abrazar al hombre. Luego le dice:

—Vamos, no me gusta llorar en la calle.

El hombre y la mujer comienzan a caminar bajo el sol del otoño. Ella sigue agitada. No van abrazados ni se han tomado de la mano, pero caminan lo suficientemente cerca como para que sus hombros choquen con frecuencia.

—Me senté en el otro sushi y te esperé, y como no llegabas, pedí algo para comer, y como no llegabas, me lo comí y ahí me acordé que no era ahí sino aquí.

—Te traté de llamar.

—Se me quedó el teléfono en la productora. Mi ex me anda sicopateando y lo pongo en silencio para que no me hueee tanto y se me quedó en la mesa de edición. Perdona.

—Menos mal que te esperé.

—¿En la esquina?

El hombre se ríe.

—No, en el restorán. Y después pensé que a lo mejor habías ido al peruano y fui para allá. De ahí

volví al restorán. Después salí a llamarte. Me di vueltas como huevón.

—No te enojés. No podría soportarlo.

—No, no. Solo te cuento. Me iba yendo. Me pillaste yéndome.

La mujer, todavía con los ojos rojos, lo mira sin contestar.

El restorán, pequeño, discreto, tiene un letrero verde donde se lee Wasabi. Adentro todo es nuevo, blanco y verde. Las mesas están pegadas a la pared, como en un tren, con asientos continuos que forman cubículos separados. Eligen una y se sientan frente a frente. Un mozo joven deja las cartas sobre la mesa. A los pocos segundos, ella vuelve a llorar. Él se levanta y se sienta a su lado.

—¿Puedo abrazarte?

Ella asiente. Él la abraza. La mujer pone la cabeza sobre su hombro y él cruza sus brazos sobre la espalda curvada. Su mano sube y baja con suavidad por la espalda.

—Te tocó el llanto del mes.

—No pasa nada, no pasa nada.

Un rato después, ella se separa y lo mira. Con una mano se limpia los ojos, sonrío un poco.

—Si no te pillo me mato.

Él ríe.

—Estuve a punto de cruzar la calle antes de que llegaras. A punto. No sé por qué no lo hice.

—Me tenías fe.

—Me costaba mucho creer que no hubieras venido.

—Me gasté cinco lucas desde el otro japonés hasta acá. El taxista no entendía por qué iba llorando.

—Puedo imaginar su curiosidad.

Ella ríe.

—No me digas que parezco una loca. Se me juntó todo. El sicópata, el trabajo, que no hayas estado, darme cuenta de que era mi culpa. Ni siquiera tenía cómo avisarte.

—Lo sé. No te preocupes...

La mujer suspira.

—Ya se me está pasando.

El mozo se acerca a la mesa.

—¿Qué quieres?

—Ya comí. Te lo dije. Pide algo para ti.

—¿Una bebida, una cerveza?

—Una Coca-Cola Light.

El hombre pide un roll y un par de nigiris. El mozo se va.

—Te cortaste el pelo.

—Siempre.

—Pesado. Estás con el pelo más corto que la última vez que nos vimos —ella pone una mano sobre su cabeza—. Te queda bien.

—Gracias.

El hombre baja la cabeza y se queda inmóvil, con los ojos cerrados. Los dedos de la mujer pa-

san sobre su pelo. Luego de algunos segundos, ella saca la mano para mirar la hora en la muñeca del hombre.

—Qué desastre. Tengo que irme en media hora. ¿Me prestas tu teléfono para llamar a un taxi?

—¿Cuántas veces postergamos este almuerzo?

—Si sé, no me retes que me pongo a llorar de nuevo. La productora citó a todo el equipo. No puedo llegar tarde. Perdona.

La mujer habla por teléfono y da las instrucciones. Luego deja el teléfono sobre la mesa. El hombre la mira.

—¿Qué pensaste cuando me viste bajar del taxi? ¿Me viste llorar y dijiste qué le pasa a esta loca?

—Vi tu vestido, tus zapatos, tus medias y después te vi llorando.

—¿En ese orden?

El hombre asiente con un gesto de los labios.

—Puede que haya empezado por los zapatos.

—Está bien. Es un halago, supongo.

—Lo es.

La mujer saca un cigarro de su cartera.

—¿Puedo antes de que llegue tu comida?

El hombre asiente.

—Cuéntame de tu ex.

—Nada. El huevón me persigue, me persigue y me persigue.

El mozo llega con la bebida y la cerveza.

—Gracias. ¿No habían terminado?

—Terminamos, volvemos. Es una joda. No tenemos nada que se parezca a un futuro, pero puta que insiste. Y yo también cedo, porque es rico tener a alguien para sacudir el esqueleto. Pero a la semana estamos peleando de nuevo.

—¿Y ahora terminaron definitivamente?

—Sí, no, no sé. Necesito una relación de verdad, no con un pendejo que no tiene cómo mantenerse. Ya ni siquiera me gusta lo que toca. Pero no entiende. El otro día se puso a gritar afuera de mi casa a las tres de la mañana. Puta de mierda, me gritaba. A todo chanco.

—Yo una vez hice algo parecido cuando tenía diecisiete.

—Pero no a los veintisiete.

—¿Cuánto tiempo llevas con él entre idas y venidas?

—¿Dos años?

La mujer fuma y el hombre la mira, sin hablar.

—El problema es con quién me voy a acostar ahora.

El hombre sonrío.

—Conmigo.

—Tú eres muy complicado.

—Mentira. Soy lo más fácil que hay.

—Estás casado.

—No estoy muerto.

—Yo quiero algo tranquilo. Todo me estresa en este momento. Me volvería loca.

El mozo llega con el roll, los nigiri y la soya.

—¿Y tú? —dice la mujer— ¿Has estado bien?

El hombre abre los palillos y los hace girar uno sobre el otro a un lado de la mesa. Ínfimas astillas de madera caen al suelo.

—Bien, supongo. No sé. Lateado.

La mujer apaga el cigarro a medio fumar.

—¿Quién no?

—Tú vida no me parece aburrida. Ojalá una mujer de veintisiete me gritara en la puerta de mi casa a las tres de la mañana.

—Me gustaría estar ahí para ver cómo se lo explicarías a tu mujer.

—Es una forma de decir.

—No se preocupe, gorda, es solo una mina que quiere pegarse un polvo. La atiendo y ya está.

El hombre ríe.

—¿Cómo le dices a tu mujer? No le dices gorda, supongo.

—Paula, la mayor parte de las veces. A veces, negra. O mi negra.

—Está bien. Tiene algo sexy. Me carga la gente que trata a sus parejas con diminutivos. Mi cosita, mi gordita. ¿Cómo te dicen a ti?

—Mi guagüita.

Se ríen.

—¿Me estás hueveando?

—En serio. Me dicen guagua, guagüita. Manuel, cuando está enojada.

—¿Pelean mucho?

—No sé. ¿Cuánto es mucho?

—¿Una vez al mes? ¿Una a la semana? ¿Todos los días?

—No llevo la cuenta. ¿Un par de veces a la semana?

Manuel come.

—¿Te gusta el matrimonio? ¿Te hace feliz?

—Siempre me preguntas lo mismo.

—Será porque nunca me respondes.

—No es una pregunta fácil.

—Deberías esforzarte más.

—¿En mi matrimonio o en responderte?

La mujer lo mira, hace una pausa.

—Me da curiosidad. A lo mejor también un poco de envidia.

—¿Por qué envidia? ¿Te gustaría estar casada? No creo.

—Sí... Quizás... A mi manera.

—Yo encuentro que todos los matrimonios son iguales.

—Hablas como si tuvieras mucha experiencia. En mi registro, solo te has casado una vez.

—¿Ocho años te parece poco? Es más que un doctorado.

—Yo creo que todo depende de la pareja. Mi primer matrimonio no estuvo ni cerca de tener una oportunidad.

—Te creo.

La mujer bebe. Manuel come. Después de un breve silencio, ella dice:

—¿Te das cuenta de que no me has contado nada?

Manuel ríe.

—Siempre quieres que te hable de mí. El síndrome del refrigerador.

—Ahora te acuerdas.

—Siempre me acuerdo.

La mujer hace un gesto en que al mismo tiempo estira los labios y levanta el mentón.

—No tires una bomba de humo.

—¿Qué quieres saber?

—No lo sé. ¿Te imaginas casado en diez años más?

—Difícil. Depende del día.

—Hoy, por ejemplo.

—Hoy no.

Manuel vuelve a comer. La mujer hace una pausa.

—¿Tu mujer sabe que sigues con ella por tus hijas?

—Yo no he dicho eso.

—No tienes para qué decirlo.

Manuel mira a la mujer a los ojos.

—No lo sé. Puede que a veces lo imagine.

—No creo que le guste mucho la idea.

—Puede que no.

Manuel baja la vista. Tiene un pie sobre el asiento y ella lo acaricia en la pantorrilla.

—Rico eso.

Toma la mano de la mujer y la lleva debajo del pantalón, sobre su piel.

—¿No puede ser así, mejor?

—¿Por qué no me dejas hacerlo como yo quiero?

La mujer saca la mano y la lleva nuevamente sobre el pantalón.

—Qué mandona.

—Eres tú el que me está mandoneando.

Manuel levanta las cejas, mira su plato y toma una porción de roll con los palillos. Dice:

—Mi sensación, a esta altura, es que la persona que tienes al lado siempre termina odiándote.

La mujer saca la mano de la pantorrilla de Manuel y la lleva a su bebida.

—Si fuera así no quedarían matrimonios en pie. No es igual con cualquiera. No puede ser igual.

Manuel, con la boca llena, levanta la mano y mueve los palillos. Traga.

—A lo mejor no. A lo mejor estoy equivocado.

Ella hace una pausa.

—Parece que yo espero demasiado de una pareja. Quiero que me contenga, que me abrace sin que se lo pida, que sepa hacerme reír cuando esté desprevenida. Quiero que sea comprensivo con las cosas que intuye que están ahí pero que nunca conocerá de verdad. Quiero que me acompañe a Valparaíso, que fumemos pitos y después nos ba-

ñemos en el mar. Quiero pasarme toda una tarde durmiendo o tirando, con la pieza caliente por el sol de las cuatro de la tarde. Me gusta tirar con la pieza caliente por el sol de las cuatro de la tarde. ¿No te gusta?

—No me lo digas.

—¿No haces esas cosas?

—Alguna vez, hace siglos.

—¿Y ahora?

Manuel estira la boca y levanta los hombros.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—No estás muerto.

Manuel fuerza la mueca de una sonrisa.

—O no deberías estarlo.

La mujer ríe.

—Ojalá fuera tan fácil. Si el matrimonio pudiera explicarse...

La mujer lo mira de medio lado, apoyada contra la muralla.

—¿Está bueno?

—Supongo. Yo encuentro que el sushi nunca es malo. O yo no sé cuándo es malo, la verdad.

Manuel vuelve a comer.

—Yo tengo la impresión de que al final somos muy pendejos.

—Puede ser.

—Piensa en esto: hoy tenemos, más o menos, la misma edad que nuestros papás tenían en los

primeros recuerdos que tenemos de ellos. Más o menos. Incluso creo que somos más viejos. El primer recuerdo nítido que tengo de mi papá es de un verano en el sur. Está llegando una mañana con un salmón gigante, o que por lo menos en mi recuerdo es gigante, muy feliz porque lo había pescado. Y mi mamá le dice altiro, se me quedó grabado, yo no pienso sacarle las tripas a ese pobre animal. Yo debo haber tenido cuatro o cinco años y mi papá, treinta o treinta y uno. Entre más lo pienso, menos puedo creer que yo sea más vieja de lo que él era ese verano.

—Mi papá, a esta altura, ya tenía dos matrimonios y cinco hijos.

—Mis papás: la casa que tú conoces y tres hijos. Yo, en cambio, me las arreglo para escoger a hombres con los que no tengo futuro.

—Como Morrissey.

La mujer asiente.

—Un poco. La única vez que vi una ventanita, un vislumbre mínimo, salí corriendo.

—¿Quién era?

—Un abogado. Guapo, muy cuadrado, entero perfecto. Él me decía que yo le gustaba, pero nunca le creí. Nunca les creo a los hombres que dicen que andan detrás mío.

—Yo ando detrás tuyo.

La mujer ríe.

—Tú no cuentas. Lo que hay entre nosotros es pura nostalgia. Tú crees que es otra cosa, pero es nostalgia.

—Mentira.

La mujer bebe. Él continúa:

—Me río contigo. Te encuentro inteligente. Me encanta tu olor. Y, fundamentalmente, me llevas la sangre a los lugares adecuados.

La mujer suelta una carcajada.

—¿Te estás riendo porque no me crees?

—Perdona, pero son las típicas cosas que los hombres dicen cuando quieren acostarse contigo.

—¿Y les resulta?

—Cada vez menos.

La mujer ríe.

—Yo no lo digo porque me quiero acostar contigo. Aunque sí quiero. Pero no tiene nada que ver.

La mujer sonrío, levanta una mano y por un momento acaricia a Manuel en la mandíbula.

—Lo sé. Lo sé.

Manuel come, la mujer lo mira.

—Tu ex te persigue porque echa de menos los polvos. ¿Por qué crees que está tan desesperado?

—¿Y tú qué sabes?

—Los hombres no toleramos que nos corten el agua. Nos da terror la maldición.

—¿Qué maldición?

—De que las minas nunca más quieran tirar contigo.

La mujer ríe.

—¿O sea no es desesperación porque no puede tirar conmigo en particular?

—Puede ser. La desesperación es más dolorosa si los polvos eran buenos. Te baja una huevada en que crees que esos buenos tiempos nunca más se van a repetir.

Ella sonríe.

—Me encanta la fe que me tienes.

Manuel la mira.

—No es fe.

—Y eso que no has conocido los progresos.

— Progresos?

—Pequeñas cosas. Tampoco tanto.

— Como qu e?

—Da lo mismo.

—Celeste.

—Es que me arrepentí.

—Tarde para arrepentirse.

Manuel bebe el último trago de su cerveza y espera, en silencio.

—Nada. La presentación est tica, básicamente.

— Colaless, transparencias, un tatuaje?

—No exactamente.

—No me digas que...

Manuel se pasa los dedos sobre el dorso de la mano. Celeste sonríe.

—No puedo creerlo.  Cien por ciento?

—No. Una vez lo prob  y me veía como una niña. Me dejo un poco, un mohicano chiquitito.

Manuel ríe.

— Y es permanente?

—Trato. Nunca se sabe.

Manuel se lleva el vaso, ya vacío, a la boca.

—Necesito otra cerveza.

—Pero entre más lista esté uno, menos pasa.

—¿Por qué me cuentas esas cosas?

—Tú me preguntaste.

—No quiero estar a este lado.

—¿Del lado de los hombres o del lado de los casados?

Manuel ríe y Celeste ríe con él.

Luego se produce un silencio. Manuello rompe:

—¿Cuándo nos vamos a portar mal de verdad?

—¿Para qué?

—¿No te dan ganas?

—A veces. Pero hablemos de otra cosa, mejor.

—Ya no quiero hablar más.

Celeste mira a Manuel a los ojos y lleva una mano suavemente detrás de su oreja. Con las uñas acaricia su nuca, parte de su cabeza.

—Cuéntame. ¿Qué estás leyendo?

Él toma un libro que ha estado ocupando un rincón de la mesa.

—Kureishi. Es un inglés.

—Me suena. ¿No es el que escribió *El buda de los suburbios*?

—Ese. En este habla de su padre. Es más un ensayo. Habla de cómo su padre escribía novelas que nunca nadie quiso publicar. Y cuenta cómo era el viejo, empleado en la embajada paquistaní

de Londres, muy clase media, culto pero mucho menos brillante que su hermano, que era la estrella de la familia.

Una pausa.

—Me dio pena.

—¿Sí?

—Por mi viejo.

—¿Por?

—Cosas. Ya no es el que era. Se pasa en la casa. Se aburre.

—A todos nos va a llegar el día.

—No quiero ni pensarlo.

Manuel come la última porción de roll de su plato.

—¿Te molesta si prendo otro cigarro?

—¿Te he dicho alguna vez que no?

—Una vez.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ya no cuenta.

—Todo cuenta.

Celeste enciende su cigarro y mira a Manuel. Él bebe del vaso de Celeste y sonrío. El mozo aparece y pregunta si quieren algo más.

—Mi taxi llega en cualquier minuto.

—Igual puedes compartir un helado conmigo.

Piden helado de jengibre y de té verde, especialidades de la casa según el mozo.

Cuando vuelven a quedar solos no hablan, solo se miran. Ella tira el humo hacia arriba. Dice:

—Me quedaría aquí toda la tarde.

—Quédate.

—No puedo.

—Pronto van a ser las cuatro.

Ella sonrío, sin responder.

—A mí también me gusta esa hora.

—Es la mejor hora. Especialmente si es verano.

Manuel pasa los dedos sobre el antebrazo de Celeste.

—¿Qué quieres?

—Tú sabes que no es eso.

—¿Qué es entonces?

—El trabajo, el estrés, el lío. Si un día nos viéramos fuera del horario de oficina, a lo mejor...

—Se puede.

El teléfono sobre la mesa comienza a vibrar y a moverse ligeramente de su lugar.

—Mi taxi.

—Salvada por la campana.

Manuel toma el teléfono y habla.

—Te están esperando afuera.

—Te dejo plata.

—¿Estás loca?

Manuel le hace un gesto a la cajera para explicar que ya vuelve, y sale junto a Celeste. El sol, blanco, duro, los golpea en la cara.

Con un par de movimientos rápidos, ella saca sus anteojos oscuros de la cartera y se los pone. Junto al taxi, se abrazan. Al separarse, algunos pelos de Celeste vuelven a quedar enganchados en

la barba incipiente de Manuel, estirándose entre los dos. Manuel los desengancha cuidadosamente con una mano.

—¿Cuándo te veo de nuevo? ¿En seis meses más?

—Tratemos de que sea antes de eso. Puede ser aquí la próxima vez. Difícil que nos pillen.

Celeste se sube al taxi. Le da instrucciones al chofer y mira a Manuel. Él levanta una mano a la altura de los hombros.

Cuando el taxi se aleja, Manuel vuelve al Wasabi. Sobre la mesa lo espera un pocillo con dos bolas de helado, una verde claro y otra de un rosado muy pálido.